

RECIBOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes 8 rs.
Trimestre 24.

FUERA DE ELLA.

Trimestre 30.

NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO UN REAL.

RECIBOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

CARTAGENA IULSTRADA

Trimestre. 28 rs.

Fueraid. 34.

NÚMEROS SUELTOS

de Cartagena Ilustrada 2 rs

ELECO DE CARTAGENA.

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24

(SEGUNDA ÉPOCA.)

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

Sábado 19 de Junio.

El Eco de Cartagena

SUSCRICION á favor de las 200 familias que han quedado sin albergue á consecuencia del horroroso incendio ocurrido en el Cabañal de Valencia.

Reales.

Sr. D. José Maria Torres.	320
Excmo. Sr. D. Tomás Valarino	250
Excmo. Sr. D. Andrés Pedreño.	250
Sres. Bosch hermanos.	250
D. Francisco Lizana Ortiz.	50
D. Francisco Calandre.	50
D. J. Martinez Marti.	50
D. Venancio Izquierdo.	50
D. José Garcia Tudela.	50
D. José Maria Piseti.	30
D. José Rizo Lopez, cura párroco.	50
D. José Gonzalez Fernandez.	50
D. J. B. Calvet.	50
D. Bartolomé Spottorno.	250
D. Ricardo Spottorno.	30
Viuda de Dorda & hijos.	200
D. Jacinto Martinez Marti.	40
D. Narciso Roig y Comas.	40

Suma. 2060

Cartagena 19 de Junio de 1875.

Se admiten suscripciones en el escritorio de los Sres. Bosch hermanos, todos los dias no festivos, desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde, y desde las cuatro á las siete de la misma.

Un distinguido hombre público francés, Mr. Anatollo Langlois, ha publicado hace poco tiempo en las columnas de «Le Correspondant» un artículo, notable tanto por su elevada crítica como por los detalles interesantes y curiosos que contiene, titulado: «La organizacion de la demagogia francesa á la caída del imperio napoleónico.» Este artículo que acaba de reproducir la «Revista europea,» está literalmente cuajada de observaciones juiciosas y de ver-

dades tan tristes como profundas; pero si su fondo, si su pensamiento general son ciertos, si es innegable que Napoleon III ha sembrado calculadamente los gérmenes de la mas perturbadora y disolvente inmoralidad en el seno de la sociedad que le encomendó sus destinos, con escasa reflexion, con excesivo apresuramiento, acaso porque es harto difícil conservar la serenidad en medio de los peligros de muerte que atravesó el pueblo francés desde 1848 á 1852; si es verdad que Francia se acogió al primer hombre en quien descubrieron sus ojos una esperanza, como el náurago se abraza á la primer tabla que encuentran sus manos, y á la cual entrega su vida; confiando llegar con ella á la playa venturosa; si todo esto es exacto, decimos, no lo es menos que el origen de la perversion del sentido moral en la desgraciada nacion vecina no viene de tan breve fecha, sino que tiene mas precedentes y arranca de bastante mas lejos.

En este punto disentimos del respetable parecer de Mr. Langlois, disentiendo que tal vez proviene de que el distinguido escritor concreta sus observaciones al influjo ejercido por el segundo imperio napoleónico sobre la moral de Francia, mientras á nuestro propósito conviene dar mas amplitud y generalizacion á las ideas. Sin embargo, si la perversion del sentido moral en la sociedad francesa no reconociese otras causas, otro manantial que el cenagoso señalado por Mr. Langlois, esta afirmacion equivaldria á dar por supuesto que ese sentido no estaba antes corrompido, profundamente relajado, lo cual no es históricamente cierto.

Porque en realidad de verdad, el estado moral de Francia dejaba mucho que desear desde fines del siglo XVI, y muy singular y señaladamente desde aquella época, terrible nefasta bajo este punto de vista, que señala en los anales del pueblo francés el reinado de Luis XIV, con todas sus lubricidades, con todas sus hipocresias, con todas sus manchas, con todas sus verdaderas in-

diguidades. Passy, Cantú, el P. Gratty, todos los historiadores de alguna nota, todos los publicistas de alguna autoridad, para no ser difusos en la cita, han convenido en que desde aquellos dias de grandeza mas brillante y aparente que real y sólida, vino formándose la tempestad que, andando el tiempo, habia de descargar sus rayos sobre la noble frente de Luis XVI, y aquel larguísimo memorial de agravios que la nacion francesa habia de formular en 1789, y que los demagogos nacidos al calor de sus regazos, habian de hacer espigar despues á una victima inocente, al rey-mártir, cuya sangre ha de ser por siglos de siglos, el borron indeleble del jacobinismo francés y el veredicto de sus tiránicas, vertiginosas y sangrientas locuras.

Pasan los tiempos: y cuando á cierta distancia se examinan los sucesos históricos, sin prevencion favorable ni adversa, sino con el propósito de recoger las enseñanzas que de ellos brotan, entonces la verdad se descubre y aquilata, y el fallo de la posteridad es mas ó menos severo, pero siempre es justo. Si la historia no sirviese para esto, no serviria de cosa alguna.

Deciamos que la perversion del sentido moral en Francia viene de mucho tiempo atrás; y sobre que la razon enseña que la purificacion ó la corrupcion de las costumbres de un pueblo no es nunca un hecho casual é improvisado, sino obra lenta del tiempo, la historia confirma tambien de todo punto esta verdad.

La Iglesia, á quien la civilizacion moderna es deudora de ese espíritu de libertad, de fraternidad y de igualdad que la caracteriza, soplo divino esparcido á todos los vientos por el Evangelio, aliento de vida que regeneró á la humanidad, realzándola, ennobleciéndola, restituyendo su dignidad en el ara inmortal del Gógotha debe tambien á su sacerdocio el no encontrarse en retraso de algunos siglos, puesto que el sacerdocio fué quien guardó en el silencio de los claustros los restos de la cultura romana, fué el depositario del saber

humano en medio de la desmembracion del Imperio de Occidente, hecho pedazos por la espada de las tribus germánicas, menospreciadoras de todo lo que no fuera el ejercicio de las armas, y fué, en fin, quien suavizó las costumbres de estos pueblos, cobrando entre ellos bien pronto el legitimo ascendiente que de derecho corresponde á la inteligencia.

Nada habia, pues, más natural que la decisiva influencia del sacerdocio entre la rudeza de aquellos tiempos y de aquellos hombres: los débiles se amparaban de él; los poderosos temian sus censuras; los reyes y los emperadores lo colocaban á su lado; él fué quien inició verdaderamente el sistema parlamentario o representativo en los concilios, que son las primeras asambleas deliberantes de que se tiene memoria, y que tan luminosa huella dejaron en los famosos de Toledo. Por otra parte el sacerdocio, en aquel siglo ilustrado de San Isidoro, estaba completamente á la altura de su mision y de sus deberes en todo el Occidente y Mediodia de Europa, pero muy principalmente en España, y nada tiene por tanto, de fenomenal ni extraordinario que estableciera sólidamente su imperio moral sobre la conciencia de los pueblos, y que de ellos recibiese considerables riquezas.

No puede decirse con verdad que de estas hiciera mal uso constantemente, pues pobló literalmente de establecimientos benéficos y echó los fundamentos de gran número de poblaciones, en las cuales dejó indeleblemente impreso su sello; dando el nombre de un santo, como hacen notar Montalembert en su hermoso libro «Los Monjes de Occidente,» pero es privilegio de las riquezas, el pervertir la con el tiempo la pureza y la austeridad de las costumbres, y esto se realizó tambien en el sacerdocio.

Esta, cuya palabra habia sido bastante poderosa para iniciar la gran y legendaria epopeya de las Cruzadas, encontráse, al terminar con unos guerreros que habian debilitado su prepotencia, empobrecido su fortuna, con unos hombres que venian asombrados de las maravillas